

CARLOS SAHAGÚN. *Como si hubiera muerto un niño*. Instituto de Estudios Hispánicos. Barcelona, 1961.

Carlos Sahagún, joven poeta nacido en Onil, Alicante, hace veintitrés años, ha ingresado en el mundo de la poesía española actual por el resplandeciente camino de los premios literarios, consiguiendo los dos más importantes que se otorgan en nuestra patria a la poesía: el «Adonais» de 1958 con su primer libro, *Profecías del agua*, y en 1960 el «Boscán», con su segundo, y hasta ahora último, *Como si hubiera muerto un niño*.

Obtener, en esta época, premios literarios en España puede ser que no signifique nada, sobre todo si esos premios se relacionan con la creación novelesca. Hoy día ya resulta mucho más fácil enumerar las ciudades que aún no han creado su concurso literario, que aquellas que lo tienen. En la delirante inflación de galardones literarios que gravita sobre la enteca geografía cultural española flota un caos valorativo verdaderamente pavoroso, incrementado por la pereza, la miopía, el favoritismo, o la flexibilidad acomodaticia de los jurados. Rehusamos citar nombres, porque están en el ánimo de todos. No creemos que nadie tome en serio las fajas alusivas a tres o cuatro premios que exhiben unas cuantas novelas llenas de «buenas» intenciones y de pésima calidad literaria, saludadas, incluso, con grandes elogios —y esto sí que es lamentable— por algunos críticos de cierto prestigio.

Debemos afirmar, sin embargo, para poner las cosas en su punto, que ese ambiente confuso y «comprometido» apenas atañe a la poesía, sobre todo cuando la cuantía monetaria del premio, como ocurre casi siempre, es de reducido emolumento. Si el premio «Adonais», o el premio «Boscán», hubieran sido fundados por cualquier «benemérito» March, la poesía española, de tan alto y sostenido nivel, la tendríamos a estas horas ensayando atronadores solos de «bombo y platillo». Afortunadamente, en España el poeta sabe que la poesía —la mejor poesía europea actual— no da ni nombre ni dinero. Y, a pesar de la paradoja que ello supone, gracias a eso se publican, y se leen —es un decir— libros de estupenda calidad literaria, y de auténtico testimonio temporal. Entre esos libros se encuentra *Como si hubiera muerto un niño*, que es, precisamente, el que ahora va a ocupar nuestra atención.

Un suave fondo de tristeza recorre casi todas las páginas de esta singular colección de poemas, enraizados en el amor y en la añoranza. Mirar hacia atrás resulta siempre una faena dulce y dolorosa. En el cúmulo de las horas muertas que tejen la bruma de nuestro pasado, desflecado unas veces, y macizo otras, se amontonan galas y lutos. Rememorar —sentir la ausencia ya irremediable de esas galas y de esos lutos— es algo así como querer tomar el pulso a un miembro ideal estirpado, del que únicamente nos queda la constancia del muñón.

Nuestra hombría lleva detrás de sí, como el reactor lleva su estela de humo, el cadáver insepulto del niño que fuimos, y que muchas veces quisiéramos volver a ser. De ahí que la nostalgia sea, en su más pura esencia, un deseo de potenciar dones taumatúrgicos que, desgraciadamente, no poseemos.

La hombría representa, extremando la elementalidad de su significado, dejar de ser niño. Y a la percepción de ese cambio, de esa metamorfosis vital e ineludible —sólo los tontos continúan siendo niños tontos—, se adhieren los poemas de Carlos Sahagún reunidos en el libro que ahora nos ocupa. Recordemos que, según los datos arriba copiados, Carlos Sahagún ha estrenado recientemente su hombridad.

Como si hubiera muerto un niño se divide en dos partes, tituladas «El buen camino» y «Diario reciente». En la primera el amor circula por todas sus páginas como un impulso ordenador que redime al poeta de su indigencia humana, de su irrespirable soledad. El afán de asumir en la propia subjetividad el perfil emotivo de la amada, recreándola, y recreándose a la vez, en la imagen inventada e idealizada por el amor, permanente en esta parte, trae a nuestro recuerdo ecos de Pedro Salinas, expresados con acento personal:

Pero te amo. Pienso
que todo el aire es mucho
para mí, que los dos,
vivos sobre la tierra,
estamos creando el mundo
cada día. Te amo,
pero te amo aunque no
pueda decir tu nombre,
aunque tal vez no tengas
nombre, muchacha, flor,
paloma, fuente clara,
estudiante que un día,
como la nieve, fuiste
cayéndome en el alma,
y tropezaste, y luego,
otra vez y otra vez,
como la nieve, como
cae la nieve en los campos,
sencillamente fuiste
cayéndome y salvándome.

Vemos, pues, cómo el poeta, a través del amor, consigue, entre trompicones, salvarse creando un mundo nuevo cada día.

La segunda parte del libro nos ofrece el naufragio de la niñez. Hay en los poemas aquí agrupados una inversión de realidades, de buscado contraste, conseguido con tacto y finura. Pasamos del hoy al ayer. El hombre actual que se salva en el amor lo vemos sucumbir en la niñez.

Y a ese espectáculo acude el poeta para clavar en él los garfios acongojados de su lirismo, con una interrogación desvelada precisamente en la primera parte:

Dicen que ha muerto un niño y por las calles
 pasa su entierro luminoso. ¡Nadie
 se acerque! Oh, sí, dejadme solo,
 quiero velar su cuerpo todavía una noche,
 llorar por él como si fuera invierno
 y estuviera desnudo. ¿Llorará también Dios,
 habrá olvidado que lo puso un día
 de pie, indefenso bajo las estrellas,
 igual que un animal pálido y solo?

Niño,
 ya ves cómo corrió la vida: cuesta abajo,
 piedra rodada desde aquellos montes,
 y no podían detenerla. Así,
 mala cizaña que prende en los campos,
 creció el amor, habitó entre nosotros,
 se hizo carne celeste por la tierra.

Ya las estrellas vencen y eres hombre perdido.
 Más fuerte aún, la soledad golpea
 su oleaje de sombras en tu pecho.
 ¿Quién viene ahora a salvarte?

.....

A lo largo de todo el libro descubrimos una historia completa, una autobiografía enhebrada al delicado cañamazo del milagro poético, repleta de inefables pálpitos y oscuros presentimientos. En ella, a pesar de sus vagos perfiles, la temporalidad, sin embargo, no se diluye en vaporosas irrealidades. El poeta vive con su desamparo en el mundo, aún tratando continuamente de huir de ambas cosas. Es verdad que vive huyendo siempre de sí, pero, fatalmente, siguiéndose a sí mismo. Por ser hombre de su tiempo, no le queda otro remedio. La biografía tiene, por tanto, un escenario completamente definido: España; y un determinismo insoslayable: la vida de un español de veintidós años. Lo que equivale a decir que Carlos Sahagún saca su poesía de las más profundas y rumorosas galerías de su existir.